

## Petersburgo y Ajmátova

Ana URRUTIA\*

La bibliotecaria desciende del avión en el aeropuerto de Pulkovo y, llena de alivio y alegría, casi se arrodilla para besar el suelo de San Petersburgo. Siente alivio porque el vuelo desde Moscú en un *Tupolev* ha transcurrido sin problemas; está contenta por encontrarse en esta mítica ciudad donde magia y literatura se dan la mano.

Sale a pasear por la ciudad. El día es gris, llueve, pero parece que el cielo plomizo no hace sino resaltar los delicados colores de los edificios. Aquí nacieron Blok, Berberova, Nabokov y Brodsky, y residieron algunos de los más importantes escritores rusos...¿qué importa que llueva!

Lo que más le llama la atención es la gran diferencia que hay entre Moscú y San Petersburgo. La capital de la Federación Rusa es una enorme metrópoli en la que una abigarrada mezcla de edificios de todo tipo se extiende a lo ancho, largo y alto de un espacio que ha ido ocupando con el paso del tiempo. Aquí, en cambio, los edificios barrocos y neoclásicos de baja altura predominan dando lugar a un conjunto uniforme y armónico; la impresión de horizontalidad perfecta que crean sus rectilíneas avenidas, sus canales y puentes, sólo se ve rota en contadas y excepcionales ocasiones: por las estilizadas agujas doradas del Almirantazgo y de la catedral de Pedro y Pablo, por la cúpula de la catedral de San Isaac, por la esbelta columna de Alejandro...¿Rascacielos? No, gracias, parece decir la refinada ciudad de Pedro.

# 41

Por otro lado, el perfume de oriente, bizantinismo, viejas esencias y tradiciones que impregna los lugares más significativos de la cultura rusa en Moscú es mucho menos perceptible en San Petersburgo, innovadora y europea. Como la *Ética* de Spinoza, esta ciudad fue construida *more geometrico*; no en vano ambas son hijas del racionalismo. Spinoza trató en su libro los actos y apetitos humanos como líneas, superficies y cuerpos. Pedro I, por su parte, levantó este núcleo urbano sobre una marisma según un trazado regular y simétrico basado en líneas rectas (calles, avenidas), sobre las que distribuyó cubos (casas) y paralelepípedos (palacios). Frente a la diversidad arquitectónica y estilística de Moscú, la uniformidad petersburguesa, su coherencia y armonía estética, producto de su construcción en el siglo XVIII.

La bibliotecaria abandona sus reflexiones al introducirse en la Avenida Nevski, calle principal de la ciudad que se extiende durante 4,5 km desde el Almirantazgo al Monasterio Nevski. Recuerda las palabras con que Gógol comienza su relato *La Avenida Nevski*: "Nada hay tan hermoso como la Avenida Nevski, por lo menos en San Petersburgo, porque en San Petersburgo esa avenida lo es todo. Y, vamos a ver, ¿hay algo más gozoso, más brillante, más resplandeciente que esta bella arteria de nuestra capital?", y las de Biely en el prólogo de su *Petersburgo*: "La avenida Nevski tiene una sorprendente propiedad: es un espacio destinado a

---

\* Biblioteca Pública de Puente la Reina

la circulación del público; está delimitado por casas numeradas; la numeración coincide con el orden de las casas, lo que facilita en grado sumo la identificación de la casa buscada (...) es una avenida europea (...) de mucha importancia en esta ciudad-capital, no rusa". La bibliotecaria contempla las fachadas de los edificios: columnas, frontones, cariátides, atlantes... aparecen por doquier; pero a menudo los ojos se le escapan a las narices de los transeúntes, "como si fueran a tener algo especial, qué estupidez", dice para sus adentros.

De pronto, se detiene: acaba de descubrir el edificio modernista que alberga los almacenes Yeniseev. Con la excusa de comprar una muestra de su renombrado chocolate, penetra en el interior y se deja deslumbrar por esta tienda donde los mostradores son de mármol, las ventanas son vidrieras y las lámparas, arañas de cristal. "¿El chocolate será chocolate?", se pregunta al salir. Pero se olvida de comprobarlo, porque justo enfrente divisa la Biblioteca Nacional de Rusia. Un hermoso edificio que contiene más de treinta millones de libros, entre ellos el primer manuscrito ruso que se conserva, datado en 1057, y la biblioteca que Catalina II compró a Diderot, en la que destacan manuscritos del autor como el de *Jacques el fatalista*. Al contemplarla recuerda la sede de la Biblioteca Estatal de Rusia, en Moscú. Ambos edificios le parecen representativos de las diferencias entre las dos ciudades. En la fachada de la biblioteca moscovita, la mayor del país, destaca un enorme pórtico cuyas altísimas columnas negras de sección cuadrangular le hacen sentirse diminuta; la parte superior recuerda al entablamento de algunos arcos de triunfo, en la parte central un gran panel de mármol da cuenta en letras doradas del nombre de la biblioteca durante mucho tiempo: Biblioteca Lenina y, a ambos lados, a modo de friso, se ven dos conjuntos escultóricos que representan figuras humanas —¿obreros y campesinos?— y que continúan en los laterales. Un poco antes del pórtico hay una estatua de un señor que parece un poco triste, "seguramente por estar junto a tal aberración estética", pensó la bibliotecaria.

42

Ella sabía que esta biblioteca, cuya construcción se inició en la década de los veinte y concluyó en los años cincuenta, contiene excelentes colecciones, tanto en lengua rusa como en lenguas extranjeras, pero al pie de esas horribles columnas no se sintió en absoluto cómoda. Nada que ver con la sensación que le produce este armonioso edificio de color verde pastel y depurado clasicismo; su fachada porticada tiene seis columnas jónicas y cinco balcones de piedra que separan la base de las columnas y, en la parte superior, dos pequeños frisos —¿escenas mitológicas?— que escoltan al nombre de la biblioteca. "Una biblioteca que no impone, que invita a entrar", piensa la bibliotecaria.

Se empieza a aclarar un poco el cielo, y la lluvia, que durante la última hora ha caído con más intensidad, comienza su retirada. La bibliotecaria, que tiene los pies mojados hace un rato, lo agradece. Estornuda varias veces y prosigue su paseo por la Nevski. Atraviesa el río Fontanka por el puente Anichkov donde admira las esculturas que representan escenas de doma de caballos salvajes, descubre en una bocacalle la estatua de un Dostoievski sentado y pensativo; a sus pies, también sentados pero en actitud más despreocupada, fuman y beben varios jóvenes.

De Dostoievski es también la tumba que tiene ocasión de contemplar en el cementerio del monasterio dedicado a Alexandr Nevski, príncipe ruso que venció a los suecos en una bata-

Illa memorablemente narrada por Eisenstein en la película que lleva el nombre de dicho héroe. La tumba tiene un busto del escritor y, debajo, las palabras del Evangelio de Juan que colocó como epígrafe de *Los hermanos Karamazov*: “En verdad, en verdad os digo, que si el grano de trigo, después de echado en la tierra, no muere, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto”. Dostoievski está en buena compañía, ya que muy cerca de la suya se encuentran las tumbas de numerosos artistas, entre las cuales destacan las de los músicos Mussorgski, Chaikovski y Rimski-Kórsakov. Sin embargo, él no quiso ser enterrado aquí sino en el cementerio del monasterio moscovita de Novodévichi. La bibliotecaria lo comprende. En este caso ella también prefiere Moscú. El monasterio de Novodévichi, comenzado a construir en 1524 y concluido a finales del siglo XVII, es un recinto fortificado en cuyo interior los edificios de estilo barroco moscovita y los árboles que los acompañan —serbales, tilos, avellanos...— se dan la mano para crear un remanso de paz y belleza que contrasta con la fealdad y agitación de la zona meridional de Moscú. En el cementerio anexo al monasterio —ése donde quiso y no pudo llegar Dostoievski, ése cuya belleza hizo exclamar, en 1921, a un compañero judío de Marina Tsvietáieva: “Vale la pena morir para reposar aquí. Quizá también ser bautizado”— la bibliotecaria pudo contemplar hace poco, rodeada de serbales, la tumba de Gógol; en ella, un busto representa al autor de *Almas muertas* con media melena, nariz poderosa y, sobre los hombros, un capote; al fondo de su mirada burlona, agazapada, asoma la ternura.

El sol, que ha brillado fugazmente mientras se encontraba dentro del monasterio, brilla ahora por su ausencia, el cielo se encapota peligrosamente...y empieza de nuevo a llover. Un buen rato más tarde consigue llegar al hotel, con los pies empapados. La irritación que siente en la garganta, los repetidos estornudos, las tímidas toses que empiezan a aparecer no enturbian su entusiasmo. “San Petersburgo es una ciudad hermosísima”, reconoce admirada. Pero instantes antes de caer en el pozo del sueño una pregunta cruza cual pájaro veloz su mente: “¿Y el lado oscuro de la ciudad? ¿Existe sólo en la literat...?”.

A la mañana siguiente, no queda en su mente rastro de la pregunta que el sueño interrumpió; el catarro, en cambio, ha ido a más, le parece que durante la noche ha tenido algo de fiebre. Y el tiempo continúa igual. En realidad, estaba avisada: “La lluvia mojaba las calles, las casas y los tejados. Mojaba a los transeúntes: y les premiaba con gripes”. Las palabras de Biely son válidas en el Petersburgo de 1905 y en el de 2003.

Pero ni la lluvia, ni el catarro y sus miserias impiden que la bibliotecaria esté cada vez más deslumbrada por lo que ve: el Ermitage, que contiene el exquisito palacio barroco de Invierno —impresionante su colección de arte europeo—, al cual se puede acceder por el Malecón, en la margen del río Neva o por la plaza del Palacio, cercana al río Moika; los jardines de Verano, el Almirantazgo, los puentes, las columnas rostrales, la catedral de San Isaac y la de Pedro y Pablo. De nuevo por doquier pórticos, atlantes, cariátides...y ángeles: legiones de ángeles en el exterior de San Isaac; una pareja de ángeles, tocando la trompeta frente al Neva, en el Almirantazgo; y ángeles solitarios recortándose contra el cielo sobre la columna de Alejandro, en la Plaza de Palacio, y rematando la dorada e interminable aguja de la catedral de Pedro y Pablo. Belleza, armonía, equilibrio... todo parece perfecto en esta ciudad.

Por la tarde del tercer día de estancia, aunque muy cansada por la fiebre que le ha impedido dormir y las numerosas visitas realizadas, decide acometer la ascensión a la cúpula de la catedral de San Isaac. “San Isaac apunta, según Biely, al mundo de la luna”, recuerda al acceder al recinto. Son 119 metros a completar por medio de 550 escalones de angosta escalera. La bibliotecaria empieza animosa, pero antes de la mitad se queda sin aliento, sube más despacio, “uno-dos, uno-dos”, le da un ataque de tos, le lloran los ojos, tiene que quitarse las gafas y enjugarse las lágrimas, se intenta dar ánimos pensando en el premio que supondrá ver la ciudad desde arriba, “vale, vale, sigamos”, piensa y se pone en marcha de nuevo, pero de pronto empieza a sentir algo raro en la cara, una especie de punzada que conforme prosigue la ascensión se transforma en un dolor sordo que partiendo de la mandíbula superior derecha llega hasta la sien. “¿Pero qué me ocurre? ¡Esto no es posible!”, murmura angustiada mientras se cubre con las manos la parte afectada del rostro y descansa unos minutos. Queda poco, continúa a cámara lenta, cada escalón le intensifica el dolor, la imagen de una Pietá le pasa fugazmente por la mente, “uno más, uno más, uno más”... y ¡ya está!, por fin, empapada en sudor, consigue alcanzar la cúpula, se apoya un momento para recuperar el aliento y limpiar las gafas y a continuación repara en las estatuas de los ángeles que decoran el exterior de la catedral, los ve de espaldas o de perfil recortándose, verdes, contra la ciudad gris, le parecen un poco siniestros...

## 44

Después, tosiendo y sintiendo en el canino superior y la sien derechos un doloroso latido, dirige los ojos a la ciudad... que se le hace desconocida..., al fin localiza el Almirantazgo y el Ermitage..., pero está desconcertada..., hay algo que no encaja..., la ciudad tiene otro aspecto... más mísero y oscuro... sin el brillo que ha visto por doquier... “Y eso, qué es eso”, se pregunta extrañada, pues acaba de vislumbrar un siniestro edificio en forma de cruz ante cuyas puertas se agolpan cientos de mujeres.

Atónita, se quita las gafas y se frota el diente, es decir, los ojos, tiritita de frío pero a la vez está empapada en sudor, aturrida y confundida se pregunta por qué la ciudad no le parece en absoluto espléndida desde esa altura que tanto le ha costado alcanzar, vuelve a mirar y ahí siguen las mujeres, con paquetes en las manos y el dolor en el rostro, observa cómo una de ellas, ya sin paquete, abandona el recinto y camina ensimismada por una ciudad que parece una versión deslucida de la San Petersburgo que ella recuerda, luego ve a la mujer en el interior de una casa, la contempla de cerca: alta, delgada, pelo recogido, tiene una nariz singular, “¿petersburguesa? ¿gogoliana?”, la bibliotecaria casi esboza una sonrisa mientras acaricia su pronunciado apéndice nasal, dirige de nuevo la atención a la mujer, que se ha sentado y empieza a escribir en un pequeño cuaderno: “Si te hubieran dicho bromeadora...”, en ese momento una idea penetra, cual rayo, en su mente, una neuralgia especialmente intensa y la impresión le hacen llevarse la mano a la mejilla derecha, e intuye, asustada, que su diente dolorido —“¡el colmillo de Rubachof!”— y la imagen de la Pietá —“¡la Pietá de Rubachof!”— le transmiten un mensaje que va a romper el encantamiento que le subyuga desde su llegada, porque acaba de comprender, asombrada, que la ciudad que ve desde la cúpula es Leningrado; la mujer, Anna Ajmátova.

A ciento veinte metros, desde esta atalaya privilegiada, la bibliotecaria es consciente de que más allá del magnífico centro de la ciudad, formando un anillo en torno a él, se extienden los

barrios y suburbios donde impera la miseria. En ellos, en vez de palacios, buhardillas y sótanos infectos; en vez de figurillas de porcelana y mesas de nácar, animalitos de compañía: chinches, pulgas y cucarachas; en vez de agujas doradas y cúpulas, chimeneas ennegrecidas por el hollín. A los habitantes de estas miserables barriadas les gusta beber y fumar, y les delata la nariz roja, una escandalosa nariz roja que suscita la ira de altos funcionarios como Apolón Apolónovich que “arremetía como un toro contra todo lo rojo”. El toro se enfureció en el Petersburgo de 1905 cuando los narices rojas realizaron una huelga general anunciada por un inquietante sonido que Biely oyó con nitidez: “Eran días brumosos, extraños: transcurría el malsano octubre; trombas grises de polvo recorrían las calles; susurrante la grana se tendía sumisa a los pies, murmurando y trenzando con hojas placeres de palabras rojas y amarillas. Así eran los días. De noche ¿llegaste hasta los descampados de los arrabales para escuchar esa nota prolongada y penetrante en u? Uuuu-uuuu-uuu: así sonaba (...) ¿Oíste tú esa canción de octubre: en mil novecientos cinco?”. Los narices rojas y la canción ululante reaparecieron en octubre de 1917, pero las embestidas del toro no pudieron evitar que los bolcheviques de Lenin tomaran el Palacio de Invierno, y con él, el poder.

La bibliotecaria desciende los 550 escalones y sale, aliviada, al exterior. El dolor se ha reducido a una especie de presión en la encía. Se encuentra en la Plaza de San Isaac, pasa junto al hotel Astoria, llega a los jardines del Almirantazgo, se topa con la estatua ecuestre de Pedro el Grande, se aleja rápidamente de él, sabe que este *Jinete de Bronce* es capaz de abandonar su pedestal rocoso: “el coloso cupricéfalo había cabalgado de época en época (...) persiguiéndonos a todos —sonaba en el empedrado el golpe de metal que trituraba las vidas—. Yo escuché aquellos golpes; ¿los escuchaste tú?”. “Sí, sí”, está a punto de responder en voz alta la bibliotecaria a Biely, siempre atento a los sonidos inquietantes. Se contiene a tiempo, vuelve a la Nevski. Está anocheciendo. La luz de farolas, anuncios y letreros comerciales ha sustituido a la solar. “¡Apártese, apártese, por Dios santo, del farol! ¡Pase junto a él deprisa, lo más deprisa posible! —oye, sorprendida, que le dice alguien—. Todo rezuma engaño —prosigue—. Defrauda en todo momento esa Avenida Nevski, pero sobre todo cuando la noche se cierne sobre ella como una masa espesa (...) y cuando el diablo enciende todos los faroles de la calle para que todo pueda verse en engañosos colores”. Reconoce la voz de Gógol en el párrafo final de *La Avenida Nevski*, “no hace falta que llegue la noche para que todo pueda verse en engañosos colores...”, piensa, y decide regresar al hotel. Ya no puede más.

Se mira en el espejo y comprueba que ella tiene también la nariz roja, roja y despellejada de tanto sonarse. Afortunadamente, el dolor de diente comienza a remitir. En la cama, más relajada, medita sobre lo sucedido. Recuerda que meses antes de venir aquí leyó *El cero y el infinito*, de Kloester, y que le impresionó vivamente —la bibliotecaria es un ser muy impresionable— la historia del revolucionario Rubachof, que no tuvo reparos en hacer liquidar a varios camaradas para defender “los intereses del Partido” y al que al final le tocó correr la misma suerte; recuerda también que reflexionó después sobre los procesos de Moscú y sobre el terrible destino de los poetas rusos en el Estado soviético... Se da cuenta de que aquí se ha olvidado de todo eso. De que desde que pisó San Petersburgo se ha sentido como embrujada por la imagen del centro de la ciudad, como atrapada en un encantamiento que le hace percibir

sólo su cara más sublime, impidiéndole ir más allá de lo estético. Así las cosas, el canino superior derecho, el mismo que martirizaba a Rubachof, ha tomado la iniciativa y ha reivindicado la ética. Y ha aparecido de repente la tragedia de los poetas (y de los no poetas); aparición que va a reclamar su atención a partir de ahora.

Asimismo, ha tomado contacto con la faceta más oscura de la ciudad. Con su faz dionisiaca. Esa que surge en muchos pasajes de Dostoievski, en *El Jinete de Bronce* de Pushkin, en las *Historias de San Petersburgo* de Gógol, en el *Petersburgo* de Biely, en versos de Ajmátova (“Dostoievskiana y endemoniada, / la ciudad se sumergía en su bruma”), y que queda muy bien reflejada en el siguiente poema de Blok:

*¡Oh, mi ciudad impalpable!  
 ¿Por qué has surgido sobre un abismo?  
 levanta una cruz por encima de la fortaleza  
 ¡Huye de las marismas!  
 ¡Huye de esta plaza fuerte embrujada  
 transparente al alba!  
 No conozco esta ciudad,  
 aquí un extraño sueño quiere ofuscar me  
 y aniquilar mi pobre espíritu*

## 46

“Los sueños de la razón producen monstruos”, recuerda la bibliotecaria. El aspecto siniestro de la belleza de San Petersburgo está ligado a su creación *contra natura*. La ciudad ideada por Pedro se alzó sobre una marisma pero también sobre el sufrimiento y el sacrificio de quienes lucharon titánicamente contra la naturaleza para convertirla en realidad. Esa naturaleza domesticada ha amenazado desde el principio a la ciudad, y algunas veces ha ido más allá y por medio del Neva enfurecido la ha inundado, como por ejemplo en noviembre de 1824. Aquella inundación y sus terribles consecuencias fueron recogidas por Pushkin en *El Jinete de Bronce*. En él, dos instancias amenazan a la ciudad: el Neva, que se desborda e inunda sus calles, y el “ídolo del brazo levantado / [que] vela en su corcel de bronce”, es decir, la estatua de Pedro I, que somete a una estricta vigilancia a sus habitantes y puede ser con ellos tan cruel como el río. Pushkin alude así al poder despótico de los zares y pone de relieve la sensación de irrealidad que transmite la ciudad, vista como un espacio fantasmagórico donde cualquier cosa puede suceder.

Esta ciudad artificial y artificiosa dará a la literatura una serie de personajes que no consiguen orientarse bien en la realidad: los crédulos de Gógol, indefensos ante los espejismos; los inermes ante la adversidad, como el Eugenio de *El Jinete de Bronce*; los marginados de Dostoievski; los indolentes como Oblómov (creado por Goncharov inspirándose en el abuelo paterno de Nina Berberova), que huye del centro, donde la vida y las obligaciones y las preocupaciones apremian, para refugiarse en la tranquilidad de las calles sin empedrar del barrio de Vyborgski; atolondrados como el Nikolai Apolónovich, de Biely, a quien su propia torpeza convierte en instrumento de planes ajenos...

La bibliotecaria siente que el sueño se aproxima. Lleva un rato dando vueltas a estos temas y cree que ve las cosas más claras. Se siente agradecida a su nariz, que no ha parado de estornudar, y a su diente; gracias a ellos ha controlado su tendencia al entusiasmo fácil y va a conseguir, piensa, una visión más profunda de esta enigmática ciudad. Justo antes de rendirse al sueño aletea en su mente una frase de Spinoza: “El cuerpo puede hacer muchas cosas que resultan asombrosas a su propia alma”. Quiere reflexionar sobre ella, pero no le da tiempo.

Al día siguiente se levanta bastante despejada. Sabe que tiene una cita. Por la Avenida Nevski alcanza el puente Anichkov y bordea el Fontanka hasta dar con el palacio Sheremetev, también denominado casa de las Fuentes. No le interesa el palacio, sino algunas de las habitaciones del servicio donde Anna Ajmátova residió en los periodos 1933-1941 y 1944-1954 y que constituyen el museo que lleva su nombre. Está cerrado. La bibliotecaria se sienta en un lugar cercano y se concentra. Anna Andreievna Gorenko no nació —como tampoco lo hicieron Pushkin, Gógol, Dostoievski, Biely, Mandestam...— en Petersburgo, pero en él se convirtió en escritora en 1912 con el nombre de Anna Ajmátova. Cuando contaba cuarenta y cuatro años, se trasladó a vivir aquí, a la casa de las Fuentes, donde compuso *Réquiem* y la mayor parte del Poema sin héroe. En la visión del día anterior, la bibliotecaria observó cómo escribía el primer verso de un poema que ahora lee completo:

*Si te hubieran dicho bromeadora,  
la preferida de todos los amigos,  
de Zarskoie-Selo alegre pecadora,  
lo que sucedería en la vida contigo.  
Cómo la trescienta, con tus presentes,  
ante “Las Cruces”, en fila esperas  
y cómo con tus lágrimas ardientes  
del año nuevo el hielo derritieras.  
Cómo de la prisión el álamo se mece  
y no se oye nada —pero cuánta  
vida inocente allí fenece...*

47

Es uno de los quince poemas que componen *Réquiem*, obra en la que Ajmátova relata el calvario de miles de mujeres rusas que se concentraban frente a las prisiones con objeto de hacer entrega de un paquete para sus parientes prisioneros. Esa era la única forma de saber algo de ellos: si el paquete era aceptado, el prisionero seguía con vida; si era rechazado, había sido ajusticiado o trasladado. Detenido su único hijo, Anna Ajmátova formó parte, durante los diecisiete meses previos a su envío a Siberia, del grupo de mujeres que se reunían ante las puertas de la cárcel de Leningrado, conocida como “Las Cruces” por su estructura en forma de cruz. En estos poemas, la autora presta su voz a las mujeres rusas que sufren día a día en silencio y soledad la prisión de sus seres queridos, se convierte en portavoz del dolor que las aflige y da así un testimonio de su época mucho más real que el del realismo socialista. Su voz,

que no su palabra escrita, pues desde 1925 está prohibida la edición de sus obras. En esta situación, *Réquiem* no sólo significó el regreso de Ajmátova a la poesía —llevaba trece años sin escribir—, sino también a la oralidad. Veamos el método de composición que sigue Ajmátova: escribe un poema, lo enseña a personas de su total confianza, las cuales lo repiten y memorizan, se lo llevan registrado en su mente, ella quema el original. Esta singular forma de oralidad, además de preservar la vida de la autora y la de los poemas —que circulan de boca en boca y en copias manuscritas—, la acercan a la antigua cultura oral popular tan importante en Rusia en general y en Petersburgo en particular, donde, debido a la creación tardía de la ciudad y consiguiente falta de historia, surgieron numerosas leyendas y relatos que recogían hechos extraordinarios y se transmitían oralmente; y la acercaron también a su poeta preferido, Pushkin, quien hacía difundir oral y anónimamente sus poemas más comprometidos para eludir la censura del zar, y para escribir su último libro *La hija del capitán*, en el que narra una rebelión campesina convirtiendo a su cabecilla en personaje principal, se basó en los testimonios que recogió personalmente de boca de los protagonistas del acontecimiento. No se conformó con la historia oficial y recurrió al relato de quienes vivieron de cerca los hechos. Hay que reconocer el valor de un Pushkin que estaba sometido a una férrea vigilancia por parte del zar.

## 48

Y el de Ajmátova. Muchos escritores abandonaron Rusia después de la Revolución, ella decidió quedarse: “estuve entonces con mi pueblo, / donde, por desgracia, mi pueblo estaba”, soportando humillaciones —monja y fornicadora, envenenadora de la juventud... son algunos de los calificativos que le dedicaron las autoridades soviéticas—, pobreza y soledad. Pero también componiendo poesía, desde 1935, de la forma que hemos visto. Durante el largo periodo que va de 1940 a 1962 crea, del mismo modo que *Réquiem*, su otra gran obra de madurez: *Poema sin héroe*, un complejo poema en el que rememora la ciudad de su juventud, la Petersburgo (Petrogrado desde 1914, la rusificación del nombre se debe a la guerra con Alemania) modernista que en los primeros años del siglo xx fue cuna de la Edad de Plata de la poesía rusa: un hervidero de ideas y tendencias innovadoras que colocó a Rusia a la cabeza de la vanguardia europea de la época; evoca también su propia juventud y la poesía que entonces escribió; y rinde un homenaje a la ciudad y a los que ya no están: los escritores desaparecidos y los ciudadanos anónimos caídos en la defensa de Leningrado (nombre de la ciudad desde 1924) sitiada por los nazis de 1941 a 1943: “A la memoria de sus primeros oyentes: mis amigos y conciudadanos que cayeron en Leningrado durante el asedio”. Oyentes, más que lectores, tuvo Ajmátova en su madurez.

Entre los escritores, a estas alturas faltan muchos. Falta su amigo Osip Mandelstam, cuya detención presencié en Moscú en 1924 y a quien visité en su destierro de Voronezk (de esta visita surgió su decisión de volver a la poesía, y a la oralidad) y que falleció, al parecer en 1937, cuando era trasladado al campo de Kolimá. Mandelstam había ideado un nuevo nombre para Petersburgo, ni germánico ni ruso, un nombre helénico en consonancia con el clasicismo de la ciudad: Petrópolis (o Petropol); a pesar del cambio de denominación el presagio fatal sigue sonando nítidamente en ella:

*En la diáfana Petrópolis morimos,  
donde sobre nosotros gobierna Proserpina.  
En cada suspiro bebemos un aire de muerte  
y cada hora es para nosotros la hora fatal.*

*Diosa del mar, terrible Atenas,  
quítate el poderoso casco de piedra:  
en la diáfana Petrópolis morimos,  
aquí no gobiernas tú, sino Proserpina.*

Falta también Vladimir Mayakovski, poeta soviético por excelencia. El que proclamaba:

*Nosotros  
debemos construir lo nuevo  
discurrir,  
dynamitar lo viejo,*

arremetía contra la poesía de Ajmátova y Tsvietáieva, y contra el suicidio de Esenin:

*En esta vida  
morir no es difícil.  
Mucho más difícil  
es hacer la vida,*

49

se disparó un tiro al corazón el 14 de abril de 1930: “Como se dice el incidente está zanjado, / la barca amorosa varó en lo vulgar...”, dejó escrito. Con él moría también el agonizante movimiento vanguardista ruso; comenzaba la Edad de Hierro: el realismo socialista.

Falta también Marina Tsvietáieva, poeta moscovita, que después de pasear su pobreza y soledad por diversas ciudades europeas durante 17 años de exilio regresó en 1939 a una URSS en la que se sintió todavía peor que en los años posteriores a la revolución, cuando perdió, debido al hambre, a su hija menor, de tres años. Su recuerdo de aquella época: “Poeta y mujer, sola, sola, sola — como una encina — como un lobo — como Dios — en medio de todo tipo de pestes en el Moscú del año 1919”. En 1921 salió del país; en 1941, con su marido y su hija detenidos y los nazis a las puertas, ya no vio salida, y se ahorcó. Otro incidente zanjado.

Falta también Andrei Biely, moscovita amante de Petersburgo, a quien hizo protagonista de la novela que lleva su nombre, que murió en 1934, once años después de regresar de su exilio berlinés.

Falta también Alexandr Blok —el trágico tenor de la época, según Ajmátova— que tras saludar la revolución y colaborar con ella, murió agotado y desesperado el 7 de agosto de 1921; seis meses antes había recordado públicamente las palabras de Pushkin: “... el poeta muere, porque ya no puede respirar: para él, la vida ha perdido su sentido”.

Falta también Gumiliov, ex marido de Ajmátova, fusilado junto con otras 61 personas acusadas de conspiración el 24 de agosto de 1921.

Sobre aquel terrible agosto de 1921 en Petrogrado diría Berberova: “De repente, se tenía la sensación de vivir al borde de un abismo en el que, con increíble rapidez, desaparecía todo lo bello, lo grande, lo amado, y lo insustituible”, y Biely: “La muerte eterna, la muerte que nos miraba a los ojos; y la sensación, en 1919, en 1920, cuando comenzaban a caer los primeros copos de nieve: nos cubrirán, nos sepultarán, nos esconderán del resto del mundo. Aquel país inmenso ya sólo era un país condenado, una isla para siempre separada de cuanto amábamos”.

Ambos, Berberova —que llevó cuatro azucenas blancas al cadáver de Blok— y Biely —que transportó su féretro— decidieron abandonar Rusia después de aquel trágico verano. Atrás quedaba su saludo inicial a la Revolución de 1917.

Falta también Serguéi Esenin, que se ahorcó en 1925, en la misma habitación que pocos años antes había compartido con Isadora Duncan en el hotel Angleterre (hoy Astoria) de Leningrado. Perseguido por sus propios demonios y por el cada vez más férreo control de las autoridades soviéticas sobre la literatura, el poeta de origen campesino y vida bohemia escribió con su sangre un poema cuyos versos finales dicen: “En esta vida no es nuevo morir / pero no es más nuevo vivir”; y después zanjó el incidente.

## 50

A todos ellos recuerda Ajmátova en su poema, que no tiene héroe pero sí muchos fantasmas: los que faltan. En la noche de Año Nuevo a la casa de las Fuentes “en lugar de los esperados, llegan sombras disfrazadas del año trece”. ¿Por qué el año trece? Porque es un año especialmente significativo para el modernismo ruso, ya que en él aparecieron los manifiestos de dos de los movimientos literarios más importantes de la época: el acmeísmo, liderado por Gumiliov, que frente al idealismo de los simbolistas (entre los cuales militaron el joven Blok y Biely) y su gusto por las imágenes alusivas reivindicaba lo concreto: “la rosa viva”, y el futurismo, a cuya cabeza destacó Mayakovski, que profesaba el culto al progreso y a lo nuevo; se publicaron los primeros poemarios de Mayakovski y de Mandelstam, y *Petersburgo* de Biely; Anna Ajmátova, ligada al acmeísmo y esposa de Gumiliov, se convirtió en musa de la modernidad...

Para entender la diferencia entre la Ajmátova madura que sobrevivió como pudo en Leningrado y la que brilló en el Petersburgo de 1913 hay que cambiar de escenario. La poeta vivió hasta 1916 en un idílico lugar rodeado de parques y jardines a 25 km. de Petersburgo: Tsárskoe Seló. Aquella Ajmátova causaba sensación, Nina Berberova la recuerda en una velada literaria: “Llevaba un vestido blanco, con un cuello María Estuardo, a la moda. Era esbelta, hermosa, morena y elegante. Rondaba la treintena y se hallaba en la cima de su gloria debido a la novedad de su escritura, a su perfil y a su encanto. Recitaba despacio y con ternura, con los brazos cruzados sobre el pecho. Su voz grave y cantarina cautivaba al auditorio”. La poesía que escribía entonces era muy distinta de la de su edad madura. Si en *Réquiem* plasmó la queja de las mujeres dolientes de la época estalinista, en sus primeros poemas habla la mujer liberada (“El marido es un verdugo y una prisión la casa”) de la etapa anterior a la revo-

lución. Es una poesía intimista que trata del amor y sus problemas, porque es un amor real, es decir, no idealizado:

*Ya en la escarcha brillante reluce,  
viene con perfume de alhelíes...  
Pero fiel y misterioso te conduce  
lejos de la alegría y de los síes.*

El cambio que experimentó la poesía de Ajmátova de la Edad de Plata a la Edad de Hierro fue tremendo; el de la época también. No obstante, en ambos periodos, en sus poemas habla una mujer rusa que sufre, bien por conflictos amorosos, bien por la represión política. Desde su madurez despojada de belleza y de alegría, recuerda a la joven despreocupada que fue en el poema titulado La sombra:

*Siempre la mejor vestida, la más rosada y alta,  
¿por qué emerges del fondo de los años hundidos  
y el recuerdo rapaz lo columpia y me asalta  
tras el cristal del coche con tu perfil bruñido?*

*¿Cómo se disputó una vez si eras ángel o ave!  
Una vez el poeta te llamó 'tallo de los veranos'.  
A través de tus negras pestañas, sobre todo suave,  
se esparció la luz tierna de tus ojos darjalianos.*

*¡Oh sombra! Perdóname, pero el tiempo que esclarece,  
Flaubert, el insomnio, y las lilas tardías,  
a ti —hermosa de los años trece—*

*y tus días sin nubes, indiferentes días,  
me han hecho recordar... Pero esta especie  
de recuerdos, oh sombra, no va a la cara mía.*

Aquella bella joven que tenía algo de la Bovary llevará en su madurez una vida mucho más parecida a la de otro personaje de Flaubert: la Felicité de *Un corazón sencillo*, para quien su loro lo era todo. Ajmátova, dueña de un corazón más complejo, tuvo la suerte de tener muchos "loros": todas aquellas personas que memorizando y repitiendo sus poemas los salvaron para la posteridad. La poeta aceptó estoicamente las privaciones —salió adelante trabajando de bibliotecaria, traductora, fregando suelos...— y los sufrimientos —muerte de tres hermanos, fusilamiento de su primer marido, detención y posterior desaparición del tercer marido, detenciones de su hijo (para salvarlo tuvo que escribir una oda a Stalin)...—. Todo lo aceptó como una penitencia por su juventud de "alegre pecadora" en los tiempos de Tsárskoe Seló. Nunca cayó en la tentación del victimismo, todo lo contrario. Así pudo escribir la poesía *El último brindis*:

*Yo brindo por la casa arruinada,  
por la vida que sufrí,  
por la soledad a dos llevada,  
y también por ti.*

*Por la mentira de labios traicioneros,  
por tus ojos fríos de muerte,  
por el mundo cruel y grosero,  
por Dios que no asignó la suerte.*

La bibliotecaria brinda por Ajmátova. Y recita sus poemas. Poemas que han confortado a mucha gente en tiempos de infortunio, a presos en campos de concentración: “¡Gracias por su existencia en la tierra!”, decía el mensaje que le hizo llegar uno de ellos; y a Brodsky, que la recordó en julio de 1989, veintitrés años después de su muerte, con motivo del centenario de su nacimiento, en el poema titulado *Para el centenario de Anna Ajmátova*:

*El papel y el fuego, el grano y la muela,  
el filo del hacha y la segada cabellera,  
Dios todo lo conserva, y aún más las palabras  
de amor y de piedad, como su propia voz.*

*En ellas brota el pulso roto, se oye en ellas el crujir de huesos,  
y en ellas bate el azadón; son un fluir ensordecido,  
porque la vida es sólo una, y más claras suenan y precisas  
en labios mortales que en bruma ultraterrena.*

*Desde la otra orilla, poderosa Alma, ante ti me inclino  
por dar con ellas; ante ti me inclino y ante tus cenizas  
que tu tierra acoge, y yo te agradezco que hayas hallado  
en un mundo sordo y mudo el don de la palabra.*

Estos reconocimientos dan cuenta del valor de la palabra poética de Anna Ajmátova. La bibliotecaria le ha dedicado la mañana. Se lo debía. Ha sido otra forma de acercamiento a la ciudad. Porque ella, como dijo Nina Berberova, es “la silueta sombría de mujer más extraordinaria de Petersburgo”, y su nombre ha quedado ligado al de la ciudad:

*Somos inseparables.  
Mi sombra está en tus muros,  
mi reflejo en tus canales,  
el sonido de mis pasos  
por las salas del Ermitage...*

dice en *Poema sin héroe*.

Tras la inmersión en la vida de Anna Ajmátova, la bibliotecaria necesita pasear. Se interna de nuevo en la Avenida Nevski. La gente transita con rapidez; ella, más pausadamente. Llega a la altura del canal Grivoiedov, a la derecha se encuentra la catedral de Kazán, inspirada en San Pedro del Vaticano, la contempla unos instantes y dobla a la izquierda, después de un corto paseo encuentra la iglesia de la Sangre Derramada, erigida en el lugar donde fue asesinado el zar Alejandro II en 1881. Frente a ella, la bibliotecaria se olvida del tiempo. Es bellísima y es lo más ruso que hay en esta ciudad tan poco rusa. En su fachada destacan los rasgos característicos de la arquitectura rusa tradicional: cúpulas bulbiformes doradas y de colores (que le recuerdan los turbantes orientales) y arcos triangulares, redondeados y conopiales (una mezcla de los dos anteriores). A ellos se suman el colorido de los mosaicos y azulejos de cerámica y las numerosas ventanas acompañadas de columnas talladas de mármol. El conjunto es excepcional y hace que la bibliotecaria retorne mentalmente a Moscú y recuerde la impresión que le produjo ver la catedral de San Basilio, en la plaza Roja, sus torres rematadas por cúpulas bulbosas, la variedad de sus arcos, su vivo colorido... Esto es lo que los rusos crearon a partir del estilo bizantino, un estilo propio y específico que desde Moscú se difundió durante los siglos xv y xvii por el resto de Rusia. La bibliotecaria comienza a darse cuenta de que ha sido injusta con Moscú, de que la primera impresión de esta ciudad tan seductora la ha cegado un poco, porque si bien Moscú como conjunto carece del atractivo de San Petersburgo, no puede dejar de reconocer que posee lugares fascinantes: la plaza Roja y el barrio de Kitai Górod; el Kremlin, con sus preciosas catedrales; la galería Tretiakov, donde pudo admirar la hermosa fachada neorrusa del museo y su colección de iconos, entre los que destaca *La Trinidad*, que Tarkovski hizo resplandecer al final de la película que rodó sobre su autor, Andrei Rubliov; el museo que la ciudad ha dedicado a Mayakovski en la casa, cercana a la Lubianka (sede del antiguo KGB), donde habitó el poeta desde 1919 hasta su muerte; las estaciones de metro; el ya citado convento de Novodévichi; y las numerosas iglesias diseminadas por la ciudad, alguna de las cuales le parecieron las más bellas que había visto nunca... Estos recuerdos ahora, gracias a la bella iglesia rusa, han emergido reclamando su lugar.

El tiempo también reclama su lugar. La bibliotecaria debe darse prisa. Para despedirse ha elegido algunos lugares ligados a Alexandr Pushkin, el máximo exponente del romanticismo ruso y de la época a él ligada, la Edad de Oro, que se desarrolló de 1820 a 1840. Muy cerca de la iglesia de la Sangre Derramada, en la plaza se las Artes, se halla una estatua del escritor en la que aparece representado de pie y con el brazo derecho extendido como señalando algo. Desconoce la intención del autor, pero ella tiene claro el lugar que le señala Pushkin: la plaza de los Decembristas, muy cerca del Almirantazgo. En esta plaza llamada entonces del Senado, tuvo lugar el 14 de diciembre de 1825 el primer intento revolucionario ruso protagonizado por jóvenes oficiales liberales (formados en el Liceo de Tsárskoe Seló como Pushkin) el día de la investidura de Nicolás I con objeto de implantar una monarquía constitucional. La rebelión fue sofocada en la misma plaza —donde también quedó sangre derramada— y sus dirigentes fueron ajusticiados o deportados a Siberia. Dicen que a la pregunta que el zar hizo a Pushkin —que se encontraba en el exilio cuando ocurrieron los hechos— sobre dónde habría estado el 14 de diciembre de hallarse en la ciudad, el poeta contestó: “En la plaza del Senado”. El

zar ejerció desde entonces una censura personal sobre la obra de Pushkin, pero no pudo evitar que en ella vibre el ansia de libertad:

*Viviré en el alma del pueblo,  
pues noble pasión inspiró mi poesía,  
pues canté a la libertad arrojada al suelo  
y para el derrotado pedí clemencia.*

A los derrotados de entonces, conocidos como los decembristas, se les dedica hoy el nombre de la plaza. En ella se encuentra la estatua de Pedro el Grande cabalgando sobre una ola de granito, estatua que es conocida con el nombre que le dio Pushkin: *El Jinete de Bronce*. En su obra así titulada el escritor se las arregló para criticar sutilmente la opresiva tutela que el zar ejercía sobre la ciudad y sobre el país entero.

El siguiente objetivo se encuentra muy cerca, en el número dieciocho de la Nevski: el “Café Literario”. Este local es famoso por haber sido el preferido de muchos escritores, pero sobre todo porque de él salió Pushkin el 27 de enero de 1837 para batirse en el duelo que le costaría la vida dos días más tarde. Sobre la nieve de un bosque contiguo a la ciudad quedó la sangre de Pushkin derramada... y “Dos días después —relata Ajmátova— su casa se convirtió en santuario para su patria y la chusma de la corte no vio una victoria más luminosa que la de él. Toda la época (por supuesto, a pesar de sus enemigos) se iba convirtiendo en el *tiempo de Pushkin* (...) Se habla y se escribe: la época de Pushkin, el Petersburgo de Pushkin. Pero eso ya no tiene la más mínima relación con la literatura. En los salones palaciegos donde ellos bailaban o murmuraban contra Pushkin, se ven colgados los retratos del poeta, se guardan sus libros y las pobres sombras de los cortesanos han sido expulsadas definitivamente de allí. Sobre las casas espléndidas de ellos, se dice solamente: aquí estuvo Pushkin (...), los manuscritos, los diarios y las cartas se valoran sólo si aparece esa palabra mágica: Pushkin”.

54

A la bibliotecaria no le importa no tener tiempo para tomar algo en el “Café Literario”, su lujoso interior no le invita a ello, le parece como “las casas espléndidas de ellos”. Sigue, por tanto, su camino y en el trayecto de vuelta al hotel, en la estación Pushkinskaya, tiene oportunidad de ver otra estatua de Pushkin, sentado y con unas lilas en la mano. Se despide del poeta y de la ciudad.

El viaje ha llegado a su fin. A pesar de los malestares, las prisas, las lagunas..., la bibliotecaria está contenta. Se lleva consigo un recuerdo muy especial: la *matrioshka* de San Petersburgo, en ella, escondidas bajo la imagen de la ciudad actual, se encuentran Leningrado, Petrogrado, Petrópolis, Petropol, Petersburgo, el San Petersburgo imperial y, por último, como corazón de todas ellas, Píter, el nombre popular de la ciudad, el que ha permanecido a través de todos los cambios. El Píter que Anna Ajmátova —otra *matrioshka* que contiene en su interior a los poetas de su tiempo— supo conquistar. La bibliotecaria —turista, al fin y al cabo— no ha podido conocerlo a fondo; sin embargo, está contenta: ha visto la sombra de Anna en los muros de la ciudad y su reflejo en los canales, ha oído el ruido de sus pasos en las salas del Ermitage, ha comprobado que ambos son en verdad inseparables: Píter y Anna, Anna y Píter.

## Bibliografía

- AJMÁTOVA, Anna, *Réquierm y otros poemas*, Sevilla, Alfar, 1993
- AJMÁTOVA, Anna, *Réquierm. Poema sin héroe*, Madrid, Cátedra, 1994
- BERBEROVA, Nina, *Alexandr Blok*, Barcelona, Circe, 1997
- BERBEROVA, Nina, *El subrayado es mío*, Barcelona, Circe, 1990
- BIELY, Andrei, *Petersburgo*, Madrid, Alfaguara, 2002
- BRODSKY, Joseph, *No vendrá el diluvio tras nosotros*, Barcelona, Círculo de Lectores, Galaxia Gutenberg, 2000
- GÓGOL, Nicolai, *Historias de San Petersburgo*, Madrid, Alianza, 2002
- MANDELSTAM, Osip, *Tristia y otros poemas*, Montblan (Tarragona), Igitur, 1998
- MAYAKOVSKI, Vladimir, *Poemas 1917-1930*, Madrid, Visor, 1973
- PUSHKIN, Alexander, *El jinete de bronce*, Madrid, Hiperión, 2001
- PUSHKIN, Alexander, *El habitante del otoño*, Valencia, Pretextos, 2000
- Revista de Occidente nº 155, abril 1994
- San Petersburgo*, Madrid, El País-Aguilar, 2003
- TSVIETÁIEVA, Marina, *Indicios terrestres*, Madrid, Versal, 1992